

Cuando las palabras se quedan cortas:

Carlos J. Díaz Rodríguez

En nuestra relación con Dios, sobre todo, después de haber vivido las primeras sequías espirituales o “noches oscuras del espíritu”, como las llamaba San Juan de la Cruz, llega un momento, en el cual, la oración, se vuelve mucho más sencilla, ya que las palabras se van quedando cortas, pues ante el gran amor de Dios, hecho fidelidad y compasión, no podemos sino entrar en el gran misterio de la contemplación, escuchando la voz de Dios a través de los acontecimientos cotidianos de nuestra vida. Las palabras desaparecen, dando lugar a un nuevo grado en la vivencia de la oración.

Lo que antes parecía un monólogo, en el cual, sólo hablábamos nosotros, pues estábamos empezando a hacer camino en la oración, es ahora un diálogo silencioso y lleno de un no sé qué inexplicable. Entramos en la presencia de Dios, sabiendo que es amor, pues se donó a sí mismo, a partir de la cruz, para quedarse con nosotros en cada Eucaristía. Ya no es un diálogo programado, con muchas formas e ideas, sino una relación nueva y, al mismo tiempo, profunda. Dios deja de ser una idea, lejana y abstracta, para convertirse en una experiencia constante, capaz de irnos liberando de todo aquello que nos detiene y oprime, provocándonos muchas tristezas y preocupaciones exageradas. El Dios que nos ama, se atreve a ir más allá del sentimiento, para quedarse siempre con nosotros, ayudándonos a vivir con alegría y optimismo.

La contemplación, es decir, la ausencia de palabras, porque ya nos parecen insuficientes, no puede fingirse o improvisarse, porque es un regalo del Espíritu Santo, en el cual, tiene mucho que ver nuestro esfuerzo alegre y constante. Sólo quien se atreve a vivir el sentido de la oración, aún en medio de las aparentes ausencias de Dios, puede avanzar y llegar a la meta de la unión con Cristo.